

EL ARTE EXCELSO DE ANTOÑETE

José Campos Cañizares

Universidad Wenzao, Kaohsiung, Taiwán

PRESTANCIA

La figura de Antoñete poseía algo mágico, un componente único que en contadas ocasiones poseen los hombres y los toreros: *prestancia*. Una excelencia, una distinción de la que gozaba su físico, que cautivaba, no por *bello*, concepto escaso para definir el embrujo de Antoñete, sino por un poderío que conquistaba por imantación, y por su presencia, que era capaz de capturar de modo férreo las miradas de los espectadores en las plazas de toros. El porte de Antoñete no se quedaba en el imprescindible atractivo del empaque, sino que iba más allá, pues lo adornaba ese don que eleva a un torero, el del magnetismo. Un rasgo que lo convertía en refugio de la atención del aficionado, por su donaire, por su estampa, por dirigirse la vista siempre a él, allí donde estaba, porque agradaba admirar su intimidad en la actividad que ejercía, la de dominar a un animal mítico, el toro, según las mejores reglas (las clásicas) dictadas desde la inteligencia, el entendimiento y el valor, mediante el adorno del garbo y de la apostura, con su señorío popular, nacido de un tesoro artístico que solo se da en el pueblo.

Su *prestancia* era natural, relacionada con el arte y la galanura, y con aspectos propios del hombre surgido del estamento popular, de aquello que se llamaba *pueblo*, y que hoy (se puede decir) ha desapare-

cido de la sociedad, que asiste a la sustitución de ese término, en todos sus significados, por *gente* o por *masa*. Así, el familiar encanto del carácter y de la imagen de Antoñete, fundamento de su ser, por ser hombre distinguido del pueblo, encontró su destino en la tauromaquia, un arte y una ciencia donde pudo desarrollar un sistema de vida no estudiado, analfabeto, consiguiendo un rango que no le habrían permitido alcanzar ni la pintura, ni la música culta, ni la literatura, artes negadas para dar acomodo a la espiritualidad primitiva que un hombre puede adquirir de manera filosófica (social) en el mundo o en la cultura que le toca vivir. El toreo, la corrida de toros española, es el área artística universal en la que mejor se ha manifestado ese fondo filosófico espontáneo del hombre sin aditamentos (como Antoñete y tantos otros grandes toreros) que devuelve, a través de ella, a la sociedad, una reflexión honda, estética y única de lo que se entiende por *vida* y por *muerte*, por *trascendencia*, por *magia*, por *religión* y por *esencialidad*.

Muchos grandes toreros crearon su ideario taurino mediante la observancia de las claves del toreo y bajo su experiencia en el campo bravo (Domingo Ortega); o en su mente o devenir (Manolete); en el matadero (Pepe Luis Vázquez); o en la dinastía familiar (Antonio Bienvenida) o bien en las capeas (Andrés Vázquez). En el caso de Antoñete su estilo y su personalidad los fue adquiriendo de aquello que vio desde niño en la plaza de toros de Las Ventas y en las corridas que iba toreando, porque fue un torero hecho a sí mismo, sin maestros con nombre, sin referentes inmediatos a los que tener que imitar. De ahí que su forma de torear se fuera construyendo en el tiempo y ganando entidad a medida que este pasaba. En todas sus épocas de torero (los cincuenta, los sesenta, los setenta, los ochenta y los noventa del siglo XX) toreó con clase y calidad. Su carrera sufrió altibajos debido a su manera de ser y a su frágil físico. El verdadero triunfo, el clamor y la regularidad le llegaron en la década de los ochenta, a partir de 1981,

momento en el que reapareció, y en el que, por su sabiduría, sus formas clásicas y pureza interpretativa, se vio elevado a un primer puesto en el toreo por ser una referencia imprescindible para todos los aficionados y casi todos los toreros, que vieron en él el mejor ejemplo posible de lo que simbolizaba el clasicismo y encarnaba la torería.

LA DISTANCIA, LAS DISTANCIAS

Multitud de cualidades podemos destacar de la tauromaquia de Antonio Chenel *Antoñete*: el valor, el entendimiento del toro, el canon, la pureza o la maestría. Pero hay una condición que lo distingue, lo define y lo marca. Una aptitud que él poseía, única, y que en él se visualizaba con desdoblamiento: *la distancia* y *las distancias* en el toreo. A la hora de explicarlo, debemos comentar que es una peculiaridad, la de saber a qué distancia se debe torear, en la que no se suele reparar, a la que no se le da la importancia que tiene, a la que no se valora en su justa medida. Torear a la distancia exacta, para ir dominando al toro sin violencias, sin alterarlo, sino irlo sometiendo desde la naturalidad de su embestida, dentro del tiempo fijado que el animal facilita para ser toreado; viene a ser entenderlo, saber qué hacer a cada toro y en qué momento. Esta característica tan necesaria y evidente para torear, que es poco apreciada, la poseía en toda su plenitud Antoñete. Este conocimiento le sirvió, a partir de 1981, para ser reconocido como un maestro máximo en la interpretación del toreo.

En la historia de la tauromaquia, el aficionado, en muchas ocasiones por excitabilidad, ha pretendido emocionarse con el toreo de cercanías que han querido imponer algunos toreros y esto ha exacerbado la evolución de los estilos. Pensemos y fijémonos en lo que ha representado en el tiempo el arrebató de El Espartero, al meterse en los terrenos del toro, la invasión de esos terrenos debida a Juan Belmonte, la práctica de un toreo de mayor cercanías de Manolete, de El

Cordobés o de Paco Ojeda. Desde esos planteamientos, el clasicismo se ha visto achicado, arrinconado y sustituido por modelos que llevan al toreo actual, en donde las distancias vienen a desaparecer casi desde la misma salida del astado al ruedo, una tendencia a la que se aplican la mayoría de los toreros desde hace un cuarto de siglo. Debido a esa cruda realidad, se le atribuiría muy poca influencia al magisterio de Antoñete en sus últimas etapas en activo.

Antoñete, como otros toreros de su época o de su tiempo (viajemos a los años cincuenta del siglo pasado) fue un torero que lo que hacía lo realizaba sin exageraciones. Podemos pensar, como Santiago Araúz de Robles cuando detalla la tauromaquia de Pepe Luis Vázquez, que, del mismo modo que este, Antoñete, por su sentido natural de las distancias, “cuando toreaba, no entraba nunca en el terreno del toro”. Es decir, Antoñete entendía a la perfección el quid del toreo desde el respeto al toro, que pasaba por torearlo a la distancia que el toro necesitaba. Veámoslo:

El toro (nos dice Araúz de Robles, pensando en Pepe Luis Vázquez) tiene ‘su’ distancia de embestida, la que le marca su bravura, desde la cual arranca para el pase con toda la pujanza y la fiereza sin ahogar ni desflorar. El temple de torear comienza ya en ese respetar el campo del toro. El torero busca la distancia desde que empieza a medirlo en el primer lance que le provoca, después de que lo recoge y lo detiene. (...) Hallada la distancia del toro, (Pepe Luis) la respetaba a rajatabla. (...) No lo forzaba a arrancar por defensiva; más bien, lo ayudaba a desvelar su casta, le hacía mostrar lo que de verdadera fiereza tenía. Si el toro cabeceaba, y miraba de lejos la planta diminuta del torero, éste esperaba: ‘Es tu sitio, y has de venir’, parecía decir. No agobiaba, en suma, a la res. La encelaba, la llamaba; era la alegría del cite, el templar la arrancada.

Hemos dicho que Antoñete no tuvo maestros, pero este apunte sobre la puesta en escena de la *distancia*, por Pepe Luis, refleja su toreo a la perfección. Cambiemos así la gracia sevillana por la majeza madrileña y obtendremos una interpretación en la misma línea. Y es que el toreo clásico (de Domingo Ortega, de Antonio Bienvenida, de Antonio Ordóñez, de Rafael Ortega) bebía de las mismas fuentes interpretadas por infinidad de majestuosos toreros que no buscaban la manipulación en la embestida del toro. Pero esta tendencia taurina se desvió para ser sustituida por el toreo de cercanías, de tan poco conocimiento y de tan poca consideración hacia las condiciones de la bravura del toro. Pues el toro, como nos dice Santiago Araúz de Robles, “necesita un círculo del que se sienta dueño para que no se mengüe un punto, al sentirse poderoso, en él, su bravura. Como cualquier animal, necesita su propio *territorio*”. Araúz de Robles lo expresa para el toreo de Pepe Luis Vázquez y nosotros lo aplicamos al de Antoñete. Nada de agobios, ni de cercanías, sino mantener “el albedrío” del toro, “su movilidad de principio a fin”, para que pueda realizar el torero (Antoñete) una *faena viva*¹, sin condicionamientos, sin ventajas, sin alteraciones, obediente a la inteligencia del torero, en su distancia con el toro, al que tiene que someter con temple (a la velocidad del toro) y con quietud, con los mulatazos pocos y justos. Un torero, Antoñete, con las piernas bien colocadas, sin exageraciones, que tras el cite (en su lugar exacto), situado en el tercio hacia afuera, irá dominando en curva al toro, hacia atrás, girando en torno a su embestida natural, para despedirlo con el verdadero pase de pecho, solo uno.

Un torero, Antoñete, que destacó en las distancias, donde su *prestancia* se manifestaba con todo su vigor. Un torero, Antoñete, que nos cuenta este secreto con grandeza para que lo leamos con emoción:

[1] Santiago Araúz de Robles, *Pepe Luis. Meditaciones sobre una biografía*, Espasa-Calpe, Madrid, 1988, cfr. pp. 87-127. (Incluye textos sobre Pepe Luis Vázquez tomados de su obra, *Sociología del toreo*, de 1978).

Distancia para dejar ver al toro, distancia para dejar venir al toro, distancia para traerse toreado al toro hasta el mismo epicentro del toreo que es el lance. Distancia para que el toro vea y observe, distancia para que el toro estudie y fije objetivos, distancia para que el toro pueda lucir su bravura, distancia para que dé tiempo a analizar su casta, distancia para paladear el regusto de la nobleza del toro o la dificultad de su mansedumbre. Distancia para sentir el peligro durante más segundos de pura adrenalina y distancia para que dure hasta la eternidad el sentir el embrujo del toreo.

Todo cuanto hice estuvo en todo momento presidido, herrado por la distancia. El andar por la plaza, la colocación, la elección de los terrenos, el toreo. (...).

Siempre *la distancia* y *las distancias*. Y la distancia y las distancias siempre para el toro y su bravo, encastado y noble galope².

Prestancia, distancia y distancias, el arte excelso de Antoñete.

[2] Javier Manzano, *Antoñete. La tauromaquia de la movida*, Reino de Cordelia, Madrid, 2011, pp. 127-128.